

Los dioses nos acechan

Pedro VÍllora

7 de abril de 2007

Si es verdad que los hombres concibieron a los dioses a su imagen y semejanza, con sus pasiones, mezquindades, deseos y astucias, habrá que convenir que los hombres tienen algo de dioses, y que sería posible encontrar entre nosotros a algunos capaces de convertirse en modelos. Del hombre nace el mito y este se convierte en objeto de estudio y valoración. Los poetas antiguos que escribieron los primeros relatos sobre divinidades y héroes, proporcionaron a los jóvenes de las siguientes generaciones los textos que habían de aprender y memorizar en sus clases. Platón cuestionaría la labor de los poetas porque carecían de control sobre la misma y estaban cegados por el furor poético a la hora de componer, sin que la razón contuviese al instinto, pero también porque presentaban a sus personajes en actitudes poco decorosas, engañando, estafando, robando, mintiendo y traicionando, vencidos por la gula, la codicia o la lujuria. Platón consideraba que la ilustración de los jóvenes mediante la exposición de vicios atribuidos a dioses y héroes les supondría un escollo en el camino hacia el bien, la virtud, la razón y la belleza. Si quien debería ser tu ideal se comporta como un malandrín o un cretino, ¿por qué no habrías de hacer tú lo mismo?

Desde Platón a Mercedes Aguirre Castro, los docentes que nos dedicamos al arte, la literatura o la filosofía, nos debatimos entre enseñar un sistema de estructuras de conocimiento, un acúmulo de datos eruditos o ser los guías del alumno en el desarrollo de sus talentos y su propia búsqueda de la sabiduría. Lessing utilizaba la expresión «fermenta cognitionis» al hablar de sus intenciones como ensayista: sembrar dudas y

hacer crecer preguntas y respuestas. No se trata tanto de mostrar como de facilitar que el otro descubra. Tal es el fin de la iluminación, de la mayéutica.

Mercedes Aguirre es especialista en esos mismos textos que los jóvenes atenienses del periodo clásico estudiaban y en los que luego estos muchachos escribieron al crecer. Y también en aquellos otros escritos que nacerán más tarde inspirándose en estos primeros o incluso imitándolos. Sabe cómo han surgido las tradiciones y de qué manera se han ido expandiendo, lo que un autor debe a otro, y las transformaciones que han experimentado los mitos iniciales hasta alcanzar su forma definitiva. Sabe, por tanto, qué parte del mito corresponde al más allá y cuál es deudora de costumbres y hábitos humanos. Sabe, en fin, en qué medida nos hemos ido vinculando a los mitos por estudio, por entretenimiento, por religiosidad, por cultura, por curiosidad o por ética.

Al escribir sobre los mitos no puede dejar de ser la especialista que es, pero en esta ocasión la investigadora se ha limitado a nutrir a la escritora que también es, a la creadora de ficciones, a la cuidadosa amante del lenguaje, los detalles y las intenciones. «Nuestros mitos de cada día», que no existiría si su autora no hubiese consagrado numerosas y largas horas al estudio de los poemas homéricos, las tragedias atenienses, los fragmentos líricos e incluso las pinturas sobre vasos de cerámica, no es un tratado de mitología aplicada, sino un libro de relatos cuya naturaleza literaria es tan sólida como para ser leídos y disfrutados incluso por aquellos que nada sepan acerca de la Grecia clásica.

Porque una cosa es preparar monografías para expertos o divulgaciones para aficionados, y otra muy distinta es hacer literatura. Unos cuentos que se basan en mitos indudablemente serán degustados por especialistas que reconocerán las fuentes y variaciones. Los que hemos escrito ficciones inspiradas en mitos o personajes clásicos, hemos

comprobado cómo muchos críticos y analistas se detienen en precisar de dónde viene tal anécdota, cuándo surgió cierto tópico y quién muestra características comparables. El del comentario academicista es un tributo que se paga con gusto pero no es el objetivo último del creador. Y, con «Nuestros mitos de cada día», Mercedes Aguirre trabaja antes que nada como narradora.

Aquí hay siete relatos, todos los cuales precisan al inicio el lugar y la época en que transcurren. «Las poseídas»: Londres, 2005. «Bajo la cámara»: Madrid, 2005. «Cosas de hermanos»: Bilbao, 2001. «Déjame morir por ti»: Madrid y algún lugar de Filipinas, 2003. «La búsqueda»: Madrid, Barcelona, Los Ángeles, Buenos Aires, 2006. «La carrera»: Madrid, 2006. «Por amor a la belleza»: al sur de Francia, 1956 y 2006. Incluso en el último caso, que tiene una parte situada hace medio siglo, las fechas son muy recientes. Los espacios donde se desarrollan las acciones también son próximos al lector español al que los textos se dirigen. No hay mayor tentación exótica que esa Filipinas que, no obstante, ve reducido su alcance por la relación con Madrid. Queda claro que la autora abandona los espacios míticos que le son tan caros –Argos, Tebas, Troya...- para hablar de un entorno con el que podemos establecer vínculos de familiaridad.

Esos siete relatos nacen todos ellos de sendos mitos griegos, y Mercedes Aguirre no tiene ningún problema en reconocerlo y en extraer siete citas de otros tantos textos clásicos que hacen alusión a los personajes y situaciones en los que se ha inspirado: «Alceste» y «Bacantes» de Eurípides, la «Biblioteca» de Apolodoro, «Agamenón» de Esquilo, «Odisea» e «Himno a Afrodita» de Homero, «Catálogo de mujeres» de Hesíodo... Pero, con gran inteligencia por su parte, esas citas están colocadas al final y no al principio de los cuentos. Podría creerse que lo hace como quien propone un jeroglífico, charada o cualquier otro acertijo, y retase al lector a averiguar de qué mito está hablando antes de llegar a las

últimas líneas y leer la solución: «Sí, es Hefesto». «Anda, es Dánae». «Vaya, creí que era Medea y es Tiestes».

Pero la realidad es otra, y también el efecto que produce. En siete ocasiones, tantas como cuentos, la lectura avanza descubriendo a un seductor que no puede dejar de serlo, a un joven que sirve su juventud a cambio de cultura en una relación que podría definirse como de «amor y pedagogía», a una mujer que libera represiones e incomodidades por medio del deporte... Sabemos que estas y el resto de las historias tienen un fundamento literario y mítico, pero lo olvidamos porque cada una de ellas tiene entidad por sí misma. La intriga es absorbente, los personajes se definen por sus hechos junto a sus palabras y pensamientos, la expresión es elegante y fluida, amable y culta, sin volverse en ningún momento críptica o excluyente. Si hay un sustrato dirigido a los sabios, ello no impide que el conjunto del cuento tenga como destinatario al común de los lectores.

La cita final, así, es un premio. No el destinado a reconocer al vencedor de una supuesta pugna contra la autora para revelar sus referencias, sino el que recompensa el logro de una lectura provechosa con un engarce cultural que le abre una ventana al paisaje de la historia literaria, la airea e ilumina y, finalmente, relaja al lector.

Estos «Nuestros mitos de cada día» nos entretienen por su forma y satisfacen nuestro anhelo de sabiduría por medio de la reminiscencia, de reconocer en ellos lo que ya sabíamos y acaso habíamos olvidado, pero nos dicen algo más. Si un día fuimos capaces de inventar a los dioses era porque algo de dios había en nosotros. Mercedes Aguirre nos demuestra que ese algo divino y enigmático no lo hemos perdido. Es algo que puede ser común, y nos maravilla que todos lo tengamos. Algo que puede ser extraño y que sólo unos pocos poseen, lo cual nos suscita parte de envidia por sabernos diferentes de los que son únicos, pero también de regocijo por carecer de un don raro y dañino.

De la vida nace el mito, y Mercedes Aguirre nos lo devuelve en forma de literatura de corte contemporáneo. ¿Nuestras vidas podrían dar lugar a mitos? ¿De nuestros actos puede surgir una idea de divinidad? ¿Lo que somos o hacemos puede convertirse algún día en modelo a seguir o al menos a estudiar? ¿Podemos desde nuestra cotidianidad llegar a convertirnos en héroes, siquiera trágicos?

Ninguno de los personajes de Aguirre desea convertirse en dios, tampoco en mito. Si lo son es a pesar suyo. Si nosotros no lo somos es porque acaso no lo merecemos, pero la autora nos hace concebir esperanzas acerca de nuestro origen divino. Rebajar los mitos a nuestro nivel es parecido a elevarnos hasta ellos. Mostrar lo humano del mito es anunciar aquello que nos hace inmortales. Señalar los modelos que nos rodean es sugerirnos que algo modélico hay en nuestro ser.

Los dioses nos acechan, nos vigilan, nos controlan, ignorantes de que somos nosotros quienes velamos por ellos.